

VIII. VIDA MONÁSTICA Y EXPERIENCIA ECUMÉNICA³⁶⁶

Observaciones de un teólogo protestante a una conferencia del cardenal Willebrands

En épocas antiguas los monjes construían diques y arrebataban al mar tierras féculdas, para servir al hombre. Hoy, en la edad de la unidad creciente del globo, en que otras necesidades humanas ocupan el primer plano del interés, exigiendo el máximo esfuerzo intelectual y moral, esperamos de los monjes que por amor a los hombres se dediquen al estudio de las ciencias humanas y de las grandes interrogantes de la humanidad. En una época en que el hombre como tal se ha convertido en problema, en que él se cuestiona a sí mismo, en que por vez primera se encuentra consigo mismo en todos los sentidos, en que está entregado por entero a su propia responsabilidad y en que el enigma de lo humano nos impacta en la misma medida en que nos hacemos responsables del hombre, es necesario que los monjes indaguen el misterio del hombre. Su compromiso total con Cristo los compromete al mismo tiempo con las tareas más urgentes para el servicio de los hombres. En realidad, incluso para un protestante esto podría ser una atrayente idea.

La forma de vida de los monjes podría convertirse en una ilustración de cómo un cristiano debe prestar su servicio en el mundo de hoy y mañana. Lo característico en la declaración del cardenal Willebrands³⁶⁷ sobre el papel del monacato en, relación con la tendencia actual del ecumenismo me parece estribar en la intención de destacar las estructuras generales y universales de la existencia monástica. No se trata simplemente de hacer resaltar las ventajas concretas de la forma de vida monástica como una particular manera de vivir de determinados cristianos, en otras palabras, no se trata del estilo monástico de vida, que se realiza más en algunas iglesias, como, por ejemplo, la romana. Lo que se pretende demostrar más bien es que el “principio” del monacato coincide en el fondo con lo central de la vida cristiana. De este modo la forma de vida de las órdenes religiosas cristianas aparece como la realización concreta de la gracia bautismal, que es dada a todos los cristianos y debe ser desarrollada a través de toda su existencia. La sustancia del monacato no es sino lo que debería ser la sustancia de toda vida cristiana: es decir, el compromiso total con Dios. A través de esta interpretación, que destaca sólo los rasgos generales, el monacato se convierte realmente en un valor ecuménico, válido para toda la cristiandad.

Según este modo de enfocar las cosas, el contenido central de la existencia monástica consiste en la integración de lo horizontal y vertical en el servicio del mundo. (“Para los monjes nunca hubo una separación entre lo que hoy se ha dado en llamar ‘verticalidad’ y la horizontalidad”). Esta integración de ambas dimensiones lleva a determinada interpretación del mundo, que es precisamente la que inspira toda la diaconía cristiana en el mundo. El servicio específicamente cristiano del hombre, de la creación, se define por no estar orientado a algún “bien” indeterminado, real o supuestamente anhelado por el hombre, sino por ver al ser humano concreto, al que se trata de servir, sobre el trasfondo de la intención del Creador y del Redentor. Servir al hombre es descubrir su dimensión profunda y auténtica. Esta integración de ambas dimensiones, la vertical y la horizontal, abre al mismo tiempo el horizonte del futuro, el de la redención en parte inaugurada y en parte proyectada hacia el futuro, como lo anuncia el mensaje del Señor resucitado. El cardenal Willebrands afirmó: “Estoy convencido de que no habría ninguna esperanza de un mundo mejor si Cristo no hubiera resucitado”. Así se hace evidente de qué modo una existencia que *vive* este mundo y esta interpretación del hombre, está llamada en nuestra época que lucha precisamente por la verdad del

³⁶⁶ Tradujo: P. Mauro Mathei, osb. Monasterio de Las Condes Santiago de Chile.

³⁶⁷ Tendencias actuales del movimiento ecuménico y el papel del monacato. Conferencia del cardenal Willebrands en el Congreso de Abades - Roma 26 de setiembre de 1970. Publicado en *Diálogo Ecuménico* (Salamanca) V-70-20 (*Nota de la Redacción*).

hombre, a servir a ésta por medio del desarrollo y la profundización del conocimiento sobre el hombre, es decir, por su aplicación a las ciencias humanas y sus correspondientes filosofías.

Ahora bien, esta interpretación, esta integración de las dimensiones vertical y horizontal (presente empírico y futuro escatológico) se torna vida en el “ora et labora”, en la alabanza explícita de Dios que se lleva a cabo en la liturgia y que acompaña y penetra toda actividad diaconal.

Tal interpretación del monacato para un protestante resulta particularmente convincente y ecuménica, porque de algún modo hace revivir la controversia de la Reforma y Contrarreforma acerca del concepto de “fe”. Desde algún tiempo se constata entre los católicos una gran evolución en el concepto de la fe. Esta evolución no representa una novedad absoluta, sino que –en contra de ciertas visiones unilaterales y deformaciones polémicas– es un retorno al concepto más antiguo de fe. Desde el punto de vista teológico tal cambio en la manera de concebir y definir la fe es, sin duda, el acontecimiento de mayor importancia ecuménica en el campo de las relaciones católico-protestantes, ya que este tema tan central se convierte en núcleo de cristalización para otros acercamientos.

El cardenal Willebrands señala la tendencia de la Contrarreforma a una comprensión intelectualizante de la fe, lo que tuvo como consecuencia que desde el punto de vista de la teología fe, esperanza y caridad comenzaran a oponerse mutuamente. En efecto, la fe, al ser concebida únicamente como un acto intelectual, se revelaba como insuficiente y necesitada de complementación. De allí que surgiera el malentendido sobre la idea de la “sola fide”, propia de la Reforma. Al estrecharse indebidamente el concepto de fe, debía surgir necesariamente la tendencia a lo que la Reforma llama la “justicia por las obras”. Y es precisamente por tal justicia que el monacato se convirtió en blanco de los ataques de los reformadores. Toda aquella oposición desaparece en el momento en que el concepto de fe recupera su plenitud originaria. Con razón escribe el cardenal Willebrands: “La fe, concebida en forma exclusivamente intelectualista no podía por cierto ser considerada como salvífica, mientras que la fe, fecundada y vivificada por la esperanza y por la caridad, la fe como compromiso total y don de sí mismo al Señor, es la vida nueva”. Y esto es –en contra de todos los malentendidos y unilateralidades de la Contrarreforma (y de los super-protestantes)– el concepto cristiano de fe en toda la plenitud que le corresponde por naturaleza. No se debe concebir la fe aisladamente, sin relación con la caridad y la esperanza. Las tres forman una unidad. Una fe concebida únicamente como acto del intelecto no es la fe verdadera; ésta debe ser considerada, por el contrario, como compromiso total, como entrega del propio yo a Dios. Es en este sentido que sigue teniendo validez el postulado protestante de la “sola fide”; pero al mismo tiempo se puede considerar al monacato, bien entendido y vivido, como una realización ejemplar de la entrega de toda la persona en y a través de la fe. Desaparece así la polaridad.

Por otro lado, hay que tener en cuenta que la fe aparece raras veces en la perfección de la entrega total. Antes bien, se presenta en la forma imperfecta, particular, como un esbozo y un estar en camino. Pero incluso en el compromiso y la entrega imperfectos la fe posee al mismo tiempo algo de caridad y de esperanza, porque la orientación hacia el prójimo y hacia el futuro redentor pertenecen irremisiblemente a su esencia. Aunque la teología protestante en sus orígenes adquirió su concepto de fe polémicamente contra la “justicia por las obras”, no debe cerrarse a la idea de que la fe sólo llega a ser real en las obras del hombre, en la realización concreta de una existencia. Una fe que prescindiese de esta encarnación en la vida sería en realidad una fe enteramente intelectual. Por consiguiente, habría que distinguir netamente entre las “obras” como intentos de auto-justificación o autoafirmación, carentes, en último análisis, de fe, y las “obras” como concreciones directas de la fe, expresivas de la entrega de sí mismo a Dios.

Con todo, sería inconveniente considerar al monacato como *la* manifestación de la fe (en cuanto total entrega de sí mismo), como la realización por antonomasia de la gracia, conferida en principio a todos los cristianos en el bautismo. La vida monástica no es la única, ni la única realización existencial “perfecta” de la gracia bautismal; pero, en todo caso, hay que reconocer que tiene valor de ejemplo y paradigma, en el cual se destaca con la mayor nitidez lo que es la estructura esencial de toda vida cristiana, es decir, la entrega a Dios, el compromiso total con él. El que en las iglesias surgidas de la

Reforma este modo de vivir haya desaparecido total o parcialmente es, sin duda, un síntoma de unilateralidad y de empobrecimiento espiritual. La renovación de dichas iglesias depende en gran medida del surgimiento de nuevas formas de vida monástica.

¿Qué formas? El cardenal Willebrands cita una carta de un grupo de protestantes norteamericanos que desean vivir de acuerdo con las tradiciones cistercienses y que para ello han pedido la bendición del abad general de dicha orden religiosa. Para un protestante este hecho hace a primera vista una impresión algo extraña. El proyecto de aquel grupo de hombres podría ser la manifestación de una tendencia tradicionalista y catolizante y no de empuje ecuménico, creativamente orientado al futuro. Hay entre los protestantes ciertas manifestaciones catolizantes, que hoy suelen definirse como “ecuménicas”, pero que, en el fondo, revelan estrechez sectaria en vez de apertura ecuménica. Pero la citada carta podría también ser considerada, desde otro punto de vista, como expresión de solidaridad espiritual de un grupo de cristianos, que ha optado por una forma muy precisa y determinada de vida evangélica y que, en vista de esta meta y de este camino, ya prescinden de las fronteras confesionales.

No obstante, habría que dejar abierta una posibilidad enteramente diferente, y es que en las iglesias protestantes las corrientes renovadoras produjeran formas enteramente nuevas de vida religiosa, que, sin ser monásticas en el sentido tradicional, fuesen sin embargo análogas en sus estructuras a las monásticas. La base de la analogía podría ser aquella entrega total y aquella compenetración de la dimensión vertical y horizontal, como lo ha expuesto el cardenal Willebrands. Tal estructura básica sin duda es *capaz* de suscitar muchas otras formas de vida religiosa, fuera de las que ya se han suscitado con tanta variedad y riqueza. En este sentido podemos considerar realmente al monacato como núcleo de cristalización de la experiencia espiritual de la unidad en Cristo.